

# *La maravillosa aventura de las Colonizaciones*

Por HERNANDO GAITAN L.

Roma descuellla sobre todas  
las patrias, adoro a Roma

AUSONIO

Cuando los acontecimientos parecen anclarse en su momento histórico y dar paso a los nuevos hechos que van eslabonando el discurrir de la humanidad, Roma conserva una imagen siempre actual, una perspectiva sin limitaciones, una parte del acontecer. Por eso su estudio, tiene entre todos, el privilegio de una necesidad general y perenne. Su espíritu, su civilización y su potente aliento al extenderse por todas las regiones entonces conocidas, funden en la suya todas las culturas. Nunca antes y quizás nunca más, pueblo alguno borraría tan rotundamente los gobiernos y las nacionalidades, reemplazándolos con una ciudadanía universal. Y así, a tan ingente causa debían responder consecuencias indelebles. Después del paso de los romanos, consideraciones sociológicas nos inducen a pensar que nada nuevo ni semejante ha ocurrido en veinte siglos.

Y si meditamos acerca de su influjo avasallador, su absorbente dominación y su inevitable predominio, a cuya sombra viven aún y vivirán siempre todas las instituciones, llegamos inequívocamente a donde casi siempre han llegado los que se han asomado a la infinitud de su fecunda gestación histórica. Es su rasgo más sobresaliente, el más significativo de sus caracteres, el fenómeno político, que habría de convertirse en el gran tratado para uso de todos los tiempos. Ella que había sido la heredera del ingenio helenístico, de su religión y sus artes, tuvo la virtud de mejorar y fecundar tan valiosas enseñanzas, para a su turno, aventarlas pródigamente en forma de leyes, monumentos, instituciones, hechos maravillosos y ejemplos de todo orden, pese a sus enormes crímenes y a los vicios más refinados, patrimonio inevitable de las postrimerías de toda civilización. Esta gigantesca ciudad imperial fue, gracias a su

poder político, el gran fenómeno de condensación social, que enseñaría el camino y trazaría sus pautas a las sociedades del futuro.

Este pueblo, guerrero y conquistador, es ante todo y por sobre todo antes de dominar el mundo antiguo, un país agrario. El cultivo de los campos es la base de todo el sistema, pero según la naturaleza de los lugares asociaron la economía pastoril al cultivo de las tierras. Tenían un hábito simbólico y revelador: antes de erigir sus ciudades trazaban con un surco el recinto de las futuras murallas. El centro de gravedad de su política estaba colocado en medio de la clase rural. Su política, guerrera y conquistadora, tenía lo mismo que su Constitución, su punto de apoyo en la propiedad territorial, pues en el Estado los únicos que cuentan son los propietarios. Los pueblos vencidos debían concurrir en masa a engrosar las clases rurales. Ningún pueblo conquistador ha sabido apropiarse la tierra como ellos, pues después de la victoria la regaban con el sudor de su frente, conquistando así por segunda vez con el arado lo que habían ganado primero con la espada. El dominio del suelo constituía la fuerza del hombre y la del Estado y su grandeza reposaba en el derecho absoluto sobre su tierra y en la unidad inquebrantable de la clase fuerte y exclusiva de los labradores. En un principio, antes de que su ánimo guerrero los impulsara a la conquista de nuevas tierras, se comportaban como verdaderos comunistas, viviendo y explotando el suelo en común. Este pertenecía a las diversas asociaciones de familias y los productos del esfuerzo común se distribuían sólo por hogares. Es por ello que el antiguo derecho consagraba en su lenguaje que la riqueza consistía en ganados y en derechos reales de usufructo. Sólo más tarde, bajo el influjo de las tierras conquistadas, fue transferida a título de propiedad privada. Los cereales, la vid y el olivo eran el objeto principal de su cultivo, como preciosa herencia de los emigrantes helénicos.

A lo largo de un milenio Roma coloniza y por su amplitud y duración no tiene rival. Su colonización no modifica ni sus móviles profundos ni sus reglas generales. "Senadores obstinados, generales ávidos y príncipes demagogos son los artífices de su gran extensión". Un ejército, una marina y una diplomacia constituyen el fundamento de la colonización romana. Medios nobles y positivos reemplazarán su perfidia inicial. El bienestar que aporta al nivel de vida de los conquistados se revela co-

mo algo impresionante: sistemas de calefacción central y de alcantarillado; agua corriente; termas públicas y privadas; ventanas con cristales; templos, mausoleos, teatros, gimnasios, anfiteatros, hipódromos, bibliotecas, arcos triunfales.

Cuando se aprecia su aspecto belicista a través de contiendas casi ininterrumpidas, hasta desembocar en la conquista del Orbe conocido y disfrutar por largo tiempo de lo que habría de llamarse la "Paz Romana", se llega hasta pensar que ella sólo vive para la lucha, cuando en la realidad lucha para sobrevivir. Los acontecimientos y las circunstancias de su largo período de hegemonía, coinciden con el desplazamiento impetuoso de hordas asiáticas y de pueblos y tribus nórdicas que abandonan sus tierras ancestrales bajo la amenaza, unas veces, de otros pueblos desprendidos de la Meseta del Asia Central o del mundo hiperbóreo de las tierras heladas. En el incontenible impulso de estos jinetes también cuenta poderosamente el anhelo de alcanzar el tibio ambiente de la incomparable Europa. Con ellos habrá de forjar Roma el mundo del mañana sobre las ruinas de sus prósperas ciudades.

Lo que no alcanza a través de empresas lentas y laboriosas, pues nunca fueron campanas-relámpago, le llega por herencia. Los testamentos reales se adelantan a sus esperanzas. "Atalo, rey de Pérgamo, convierte a la República en heredero y la introduce en Asia; Apión, rey de Cirene, le lega su reino y la introduce en Libia; Nicodemus, rey de Bitinia, muere sin posteridad ofreciendo sus posesiones a Roma y la introduce en el Mar Negro". La ambiciosa y paciente colonizadora se aficiona a las sucesiones en tal grado que se llega a acusarla de inspirar los testamentos. Los Ptolomeos de Egipto, que ya no recuerdan al gran Alejandro, solicitan por dos veces la tutela romana. Los griegos de Marsella bajo latente amenaza de los celtas vecinos recurren al Senado Romano en busca de protección. Herodes, rey de Judea, divide su estado en tal forma que prepara la anexión romana. Uno de los bereberes pretendiente al trono de Numiria implora el apoyo de la República. Y para abreviar, Cleopatra, la bella, se arroja en brazos de Antonio y también de César, para no escapar a su destino histórico.

En la colonización romana campean el drama y la comedia, la perfidia más refinada y el cinismo más desconcertante. La mala fe es el arma predilecta de Roma. En una pequeña

ciudad del Lacio, para traer a colación sólo un ejemplo, dos burgos vecinos, Ardea y Aricia disputan un territorio y toman por árbitro a la taimada conquistadora. Un viejo legionario que contempla la escena, dice: "Jóvenes, este territorio pertenecía tiempo ha al pueblo romano. Por tanto, no es vuestro, sino nuestro". Los presentes aplauden el veredicto y se adjudica las tierras en litigio.

Roma, con la prudencia que suele acompañar los actos de los campesinos, preocupados por reunir un substancioso peculio, no tiene prisa por conquistar el mundo, parece como si realizara plenamente que le sobra tiempo. Procede por etapas, cautelosamente, para no provocar a los envidiosos y desafiar el veleidoso destino. Sólo avanza hacia una nueva adquisición cuando ya ha digerido la precedente. Tiene la virtud de administrar sin temeridades innecesarias.

Para mantener y conservar sus conquistas emplea dos medios de incuestionable eficacia: funda ciudades y construye carreteras y vías de penetración. Para ello aprovecha con sentido empírico prácticas anteriores que han experimentado con éxito otros colonizadores. Las futuras localidades son en su origen campamentos (CASTRA) organizados obviamente en lugares estratégicos. De ellos procederán las ciudades que los franceses denominarán CHATRE; los ingleses CHESTER; los suizos GASTERN; los alemanes CASSEL; los españoles CASTROS. Asimismo, de las atalayas o torres de vigía llamadas BURG nacerán los BURG germanos, los BURCH o BOROUGH ingleses; los BOURG franceses; los BORGO italianos; los BURGOS españoles y los BORDJ norteafricanos.

Mientras que las ciudades favorecen la colonización, las carreteras serán la pía, el lazo y el vínculo. Con su sentido de eternidad tales lazos serán permanentes, para un imperio, que tal vez presienten, se eternizará en el tiempo. Rectas y pavimentadas con lozas de piedra o guijarros, desafiarán el paso de los siglos. Las limita un bordillo de piedra y sus jalones indican cuidadosamente las distancias; y como complemento, indispensable a sus planes, funcionarán albergues y relevos de caballos, como en las grandes vías que enlazaron el mundo de los persas, por donde realizaron su avance las huestes de Alejandro. El empleo de tan valiosas experiencias confirma el eslabonamiento de los hechos históricos. Del planeamiento de sus comunica-

ciones dependerá la seguridad del imperio, la oportuna movilización de las legiones de unas zonas a otras, con una cobertura que incluirá también las vías fluviales y marítimas. De las rutas principales se desprenden innumerables ramales hasta totalizar 90.000 kilómetros, cuyas raíces se encuentran en Roma y cuya savia nutre todo su vasto imperio.

Este dispositivo militar tiene también un trasunto económico, inseparable de los planes colonizadores. Por las vías principales y sus ramales se distribuyen los productos, convirtiendo al mundo en proveedor de Roma y a Roma en depósito del mundo. La colonización se apoya en legiones que combaten y conquistan pero cuyos legionarios al retirarse del servicio activo, trabajan la tierra o se dedican al comercio, a la fundación de ciudades y a la construcción de carreteras.

Esta colonización, que para muchos podría interpretarse como desmesurada ambición colectiva y acaso individual, si nos detenemos a pensar en Sila, Pompeyo, César, Octavio y otros connotados guerreros y hombres públicos, obedece sin embargo en mayor proporción a razones políticas, financieras y económicas. En efecto, frente a Cartago no hay elección posible distinta a la guerra y posteriormente al dominio territorial. Si Roma no hubiera vencido en las Guerras Púnicas su destino habría quedado sellado y el poderoso imperio, perdido como tantos otros, bajo el peso aplastante de un descalabro militar. Pero, en beneficio de la civilización, Cartago fue vencido y Roma triunfante recoge por añadidura una invaluable herencia colonial y política. Su mentalidad organizada y sus intereses vitales tampoco pueden permitir que en sus fronteras se practiquen impunemente el pillaje y el saqueo. Es necesario intervenir contra invasores y piratas, hasta convertirse en el celoso guardián del orden y del sistema imperial, edificado eso si en su propio beneficio, pero también en el de un mundo que aprecia y respeta la civilización floreciente y los objetivos positivos y bien intencionados de una potencia que vaya abandonando, con una política flexible, la hipócrita, desleal y pérfida que acompañó sus primeros pasos.

Roma, con una lucidez, propia de su sentido eminentemente práctico, comprendió desde un comienzo que para protegerse debía atacar primero a sus adversarios y a sus potenciales enemigos, antes que éstos tomaran la iniciativa y el imperio se viera comprometido en una lucha incierta y muy costosa.

Pero si el afán de seguridad es constante y debe para ello mantenerse siempre en guardia, el afán de lucro es característico siempre de los siglos de la República, para conjurar sus mayores enemigos representados en el crecimiento apabullante de un proletariado urbano que se alimenta a diario con el sistema esclavista, la migración de los campos, muchas veces devastados por la guerra y la pérdida inevitable de los valores éticos y morales, secuela inevitable de las altas culturas. Sólo con el dinero y los víveres, con los espectáculos públicos y con las distracciones se puede detener por algún tiempo la irritación creciente de los estamentos inferiores y la presencia incómoda y corrosiva de las huestes de esclavos orientales que terminarán por orientalizar, quien lo creyera, al más occidental de los pueblos del Orbe Antiguo.

Por otra parte, gracias a las leyes inexorables de la evolución, todo va cambiando en el imperio romano. La riqueza, tradicionalmente inmobiliaria, se transforma en mobiliaria con el mayor empleo de la moneda y con la expansión creciente del comercio, auspiciado por el insaciable colonialismo, patrocinado no sólo por las clases económicamente fuertes, sino por los soldados profesionales que ambicionan la riqueza y los placeres que procuran la guerra, el saqueo y los despojos del enemigo vencido.

El intenso tráfico comercial, la valorización del suelo y del subsuelo, las obras públicas, el arrendamiento de impuestos y el incremento en la producción de bienes de las más variadas características, terminan por rebasar las posibilidades individuales y surgen los grupos financieros que abren la puerta a las sociedades por acciones, comúnmente llamadas sociedades de publicanos. Estas con su eficiente organización terminan por absorber gran parte de las actividades económicas y financieras. Construyen puentes, carreteras, palacios y basílicas. Prestan dinero, hasta con un interés del 48%, a los países vencidos para que satisfagan sus indemnizaciones de guerra; compran las tierras vendidas en pública subasta. No hay quien pueda frenar los estragos de este imperialismo corruptor, pues hombres como Pompeyo, Craso, Antonio y César terminan por ceder a la tentación.

Por lo que hace al plano económico, Roma cada día necesita más productos, diversos y en cantidades elevadas, para satis-

facen la demanda creciente de una población flotante, que como una plaga de langostas invade las grandes ciudades y la de Roma en especial, que es de donde irradia la alta política y se otorgan favores y nombramientos. A ella afluyen los trigos de Sicilia, de Africa, de Egipto, de España y de la Galia; de esta última importa además queso y salazones; pescado salado de España y del Ponto; higos y dátiles del Asia Menor, de Siria, de Chipre y del Africa; miel de las provincias griegas; frutas tempranas de Cartago y de Córdoba; sal de Utica, de Sicilia y del Languedoc. A las mesas de los grandes burgueses, los gourmets de hoy, llegan las lampreas de España, el foi-gras de las Galias, las ostras de Burdeos, los pavos de Samos y los faisanes de la Cólquide.

Roma, orientalizada ya, no puede prescindir del lujo y de la comodidad. De las provincias le llegan los artículos que deben satisfacer la vanidad de sus mujeres: telas de lino de la Galia y Fenicia; lana de Grecia, España y Lusitania; tejidos teñidos de púrpura de Siria y Africa; telas bordadas de Chipre y Egipto y perfumes y obras de arte de la exquisita Grecia.

Roma, la ciudad madre, la ciudad única, pasa del millón de habitantes y cuenta con edificios hasta de siete pisos, donde se arraciman los más variados inquilinos.

Y sobre los cuatro millones de kilómetros cuadrados que constituyen sus dominios, moran ochenta millones de personas. Nunca más reunirá un imperio semejante proporción de seres humanos, con relación al volumen total de población, que en aquel período debió aproximarse a los trescientos millones, en el Orbe conocido de entonces. Pero hay algo que no anda muy bien. El cambiante caleidoscopio del vasto mundo romano se agita en un mar revuelto de transformaciones o quizás con más propiedad, de notables alteraciones que comienzan a desdibujar la estructura que permitió a la egregia ciudad, constituir un estado bajo los principios y las ideas encarnados en una filosofía basada en la obediencia institucional, reflejo fiel de la que el pueblo romano estaba acostumbrado a guardar al padre. A medida que el imperio iba creciendo, sus nuevas obligaciones desbordaban cada vez más las viejas normas de gobierno, celosamente mantenidas. La sociedad, cuyos estamentos se mantuvieron hasta extremos imposibles de alcanzar en otros Estados de su época, salvo en la declinante Esparta, se resquebrajaron

y perdieron su esencia, para dar paso a una nueva sociedad inspirada no ya en el principio centralista, es decir en la romanización, sino por el contrario, adoptando prácticas, conceptos y principios trasladados de las provincias y del fastuoso Oriente. El capitalismo, con frecuencia de origen extranjero, consumió sus fuerzas en vanas especulaciones políticas, a tiempo que para mayor calamidad nacional desapareció completamente la clase de campesinos libres, nervio y sustentación del sistema romano. Las Instituciones, entre las primeras el Senado, exclusivamente integrado por los patricios así como los Comicios, constituyen posiciones desde las cuales la aristocracia se empina sobre los plebeyos que deben limitarse a escuchar y a obedecer. En las provincias se prolonga el sistema. Sólo el ciudadano romano es elector y elegible. Donde quiera que se halle sigue siendo romano. Los demás habitantes del Imperio son y serán por mucho tiempo apenas súbditos. Pero, extraña paradoja! Las gentes colonizadas no luchan por la independencia, como ocurre en las demás regiones en las distintas épocas de la historia, su lucha es por la dependencia, por la igualdad de derechos. Sólo aspiran a ser romanos. Roma termina por ceder y progresivamente se van incorporando a la ciudadanía las gentes de todas las regiones. El Senado pierde poco a poco sus atribuciones. De la República ya sólo subsiste el recuerdo de sus glorias extintas. Todo converge hacia el emperador y éste también será impuesto por las provincias. Trajano, nacido en España pasa su vida casi siempre lejos de Roma y muere en Asia. Adriano también de España, dura diez años sin retornar a Roma. Roma terminará por ser colonizada por su imperio.

Una nueva aristocracia, la militar, substituye a la antigua. El ejército termina por elegir a los emperadores. Los soldados comienzan a olvidar a Roma y su patria será la provincia. Este será el comienzo de las futuras naciones. Los emperadores terminarán por residir en Esopoletto, Bizancio, Lutecia, Tréveris, Rávena... El cristianismo triunfante corona este proceso. Los viejos dioses mueren y sólo queda el crucificado, que iluminará las tinieblas de un mundo en descomposición.

La historia de la colonización romana queda sumergida en la mediocridad y en las ruinas de las ciudades pisoteadas por los caballos de los bárbaros. Pero las que fueron sus colonias y que se convertirán en grandes naciones, no la olvidarán y alimantarán sus estatutos con las leyes y el derecho romano.